

## Verano del 36 (primeros días, en el recuerdo)

Hasta ahora nadie se había interesado por mis impresiones personales de los primeros días del alzamiento militar, que yo viví en Sevilla, tal vez por la creencia de que la pequeña historia perturba a veces, más que ayuda, a la Historia grande. Yo estaba en una edad en que, por haber permanecido algún tiempo en el extranjero, no tuve ocasión de votar en las urnas ni de acercarme para nada a la política, por lo que no me sentía obligado a poner fuera de mí mismo la interpretación del acontecer hirviente de una contrarrevolución.

Ver las calles llenas de hombres maduros con detentes sobre la camisa o escapularios (que en el Norte sabíamos por la radio que se usaban, con fe, como defensa de las balas), medallas y otros símbolos religiosos que por momentos los más jóvenes trocarían por el uniforme, por la camisa azul, por la boina roja o el gorro verde, dispuestos a defender como fuese la posibilidad de aventar de España la creciente hostilidad entre gentes con las que no habíamos cruzado jamás la palabra pero que conocíamos de vernos en la calle y a las que suponíamos o no determinados ideales que ahora había que proclamar a grito limpio, como si el numeroso mundo de los nazarenos hubiesen arrojado el cucurucho y, en vez de ocultar su íntima devoción a una Virgen o a un crucificado, se pasaran a una religión universal políticamente partidista y patrioter que se sintiese amenazada y a la que teníamos todos obligación de defender con el mismo entusiasmo y las mismas voces. Cada cual llevaba en la cabeza la idea de un cambio de situación en la que ellos pudieran alcanzar algún aventajamiento o una simple variación de sus vidas cansadas. La voz de Queipo de Llano por la radio hizo florecer esperanzas, porque era la de un republicano, el jefe de la rebelión, que ahora acababa de cambiar de bandera y, bajo su mando, habían empezado a salir las columnas hacia los frentes. Y en esto llegó a Sevilla el general Franco. Yo estaba allí, en la Plaza Nueva, entre el público que esperaba verle en el balcón central del Ayuntamiento según se había anunciado por la radio muy poco tiempo antes, recién llegado en vuelo desde Marruecos. Primero habló Queipo;

encendió los ánimos con aquella su tosca elocuencia, arma primera de los sublevados del Sur. Y después Franco, alegre y casi juvenil, se asomó con un trozo de bandera tricolor entre las manos y su discurso consistió en decir: «¡Aquí la tenéis!», y a continuación la bandera entera fue desplegada y ocupó el sitio de la republicana. Aquella ovación clamorosa fue como un viento que se llevara los egoísmos individuales que se estaban formando, y dio paso a la fe en la victoria. A partir de aquella hora cualquiera que recibiera un fusil adquiría algo más que una promesa, estaba convencido de que adquiría mando, por fin un mando antes que una promesa. Mando en la vida del que pasó a ser enemigo. ¿Esto se acerca a la esencia de la guerra civil? La calle de Sevilla cambiaba como la luz, de hora en hora. Todos se sentían más en familia en la calle que en el hogar. En casa quedaba angustiado el que de una manera u otra tenía que ocultarse mejor que hacerse presente. La temible palabra *rojo* podía atravesar como una bala a cualquier transeúnte.

El enemigo era Madrid, desde la provincia. En marcha sobre Madrid. No había que detenerse en las ciudades conquistadas. Madrid está infectado, hay que quitarle a Madrid las cien familias que siempre tuvieron mando sobre el resto de España. Esta es la consigna que brilla en la mirada de cualquier combatiente civil o militar. Destaca la voz ruda, incisiva, de un librepensador: Queipo de Llano, el general que por primera vez en la historia usó el micrófono antes que las baterías. La inquina contra la capital de España recuerda las palabras que Racine pone en boca de un soldado de Aníbal en el tercer acto de Mithridate: «*Aníballo ha predicho -creamos en este gran hombre-: jamás venceremos a los romanos si no es en Roma*».

No son todos los que piensan que en las filas del enemigo también avanzarán contra nosotros amigos, deudos, hermanos. ¿Pero no circulaba por las calles sevillanas el alma de un patriota que buscara, en su pureza, la gloria? Difícil descubrirla, porque todo se cocía dentro de casa. No existía la amenaza fronteriza. Los héroes, que fueron muchos en ambas partes, se darían luego, sin avisar.

Como era de esperar, también pululaban por la calle algunos escépticos que echaban a volar su pensamiento por encima de las lejanas trincheras y no se atrevían a calcular lo que supondría en el tiempo la duración de la contienda ni las cuentas cifradas de la destrucción. Para estos todo quedaba pendiente de ser creído en plenitud. A veces los que pensaban más claro eran los que veían más turbio el horizonte. Estos eran los menos, la mayoría dejaba todo esto para luego.

Sevilla siempre está dispuesta a trocar el dolor en fiesta. La Feria se alza descarada tras el dolor de la pasión de Cristo. Por esta vez no terminará todo en Verbena, porque empezaron los tiros. ¿Guerra entre hermanos? Allí no había nada de fraterno, aquello era auténtica guerra civil. Con esta información de urgencia salían las tropas regulares o voluntarias hacia los frentes.

A la vez, va tomando cuerpo la retaguardia. En el edificio del Banco de España en Sevilla está abierta una recepción para donativos de ayuda a la campa-

ña. Son muchas las personas que se apresuran a entregar joyas o dinero, o simples medallas de mínimo valor. Un anciano de buen porte, con ropa gastada y paso vacilante, se acerca a la ventanlla, deposita un pañuelo que abre: es una dentadura de oro. Sus dientes. A continuación se saca del dedo una alianza. Es lo que tiene. Le piden el nombre, lo da. Le entregan un recibo, lo plega y lo guarda despacio. No mira a nadie, pero por la cola ya ha circulado, sin causar extrañeza, la noticia de su ofrenda. Sale a la Plaza de San Francisco y se pierde en la cegadora claridad de la mañana.

M.H.\*